

Reflexiones autobiográficas sobre la representación de cuerpos intersexuales y el activismo cultural



PERIÓDICUS

ISSN: 2358-0844

n. 16, v. 1

set.2021-dez.2021

p. 190-199

(Reflexões autobiográficas sobre a representação de corpos intersex e ativismo cultural)

(Autobiographical thoughts on the representation of intersex bodies and cultural activism)

Macarena Murugarren¹

RESUMEN: En este texto presento una reconstrucción de ciertos momentos que marcaron mi vivencia desde un cuerpo intersexual. A partir de la reflexión sobre mi autobiografía erótica, sexual, médica y activista, planteo ciertas preguntas sobre la representación de los cuerpos intersexuales en las prácticas estéticas y los distintos modos de hacer activismo dentro del movimiento intersex. Estas preguntas me permiten reflexionar sobre la escasa representación que los sujetos intersexuales tenemos en tanto objetos y sujetos de deseo sexual y erótico en el ámbito cultural, así como proponer que el fin de las mutilaciones genitales a personas intersexuales sea perseguido desde varios frentes, los cuales incluyan el de las imaginaciones y las representaciones diversas de nuestros cuerpos.

PALABRAS CLAVE: Intersexualidad. Autobiografía. Representación. Activismo cultural.

Resumo: Neste texto, faço uma reconstrução de alguns momentos que marcaram minha experiência em um corpo intersexo. A partir da reflexão sobre minha autobiografia erótica, sexual, médica e ativista, questiono-me sobre a representação dos corpos intersexo nas práticas estéticas e sobre as diferentes formas de fazer ativismo dentro do movimento intersexo. Essas reflexões permitem refletir sobre a subrepresentação que os sujeitos intersexuais têm como objetos e sujeitos do desejo sexual e erótico na esfera cultural, bem como propor que o fim da mutilação genital de pessoas intersexuais seja perseguido em várias frentes, que incluem aquela da imaginação e das diversas representações de nossos corpos.

Palavras-chave: Intersexo. Autobiografia. Representação. Ativismo cultural.

Abstract: In this text, I narrate some of the moments that marked my experience in an intersex body. I reflect on my erotic, sexual, medical and activist autobiography to raise some questions about the representation of intersex bodies in aesthetic practices and the various ways to do activism in the intersex movement. Based on these questions, I ponder on the scarce representation that intersex people have in terms of objects and subjects of sexual and erotic desire and propose that the end of genital mutilation on intersex people should be pursued from different fronts, which should include a diverse imagination and representation of our bodies.

Keywords: Intersexuality. Autobiography. Representation. Cultural activism.

1 Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH), Universidad Nacional de Córdoba (UNC). E-mail: makumuru@gmail.com.



A veces me cuesta acostumbrarme a que cuando hablo de intersexualidad en espacios feministas o de activismos de género, casi nadie sepa de qué estoy hablando; en cierta forma, me sorprende. Pero después, pienso que no sé por qué me sorprende, si hasta hace unos años yo tampoco tenía muy en claro qué era la intersexualidad, y mucho menos me daba cuenta de que esa palabra estaba relacionada conmigo.

Yo tenía una muy vaga noción de lo que significaba la palabra “intersexual”. Sabía que se encontraba incluida dentro de la sigla LGTBIQ⁺², pero seguía siendo aquella letra de la cual tenía menos información y que no había tenido un especial interés por aprender más (resistiéndome, quizás, de alguna manera inconsciente). Pensaba que las personas intersexuales eran únicamente aquellas que tenían genitales “diferentes” y, por lo tanto, creía que eso no tenía nada que ver conmigo, ya que no era una noción que se aplicara a mi corporalidad.

Hasta ese momento, no había podido pensarme por fuera de una mirada patologizante: yo era una chica con una malformación que había hecho que mis ovarios y útero no llegaran a formarse por completo. Era justamente esa forma de pensar mi cuerpo a partir de una patología, algo que me hacía una mujer “incompleta”, lo que no me permitía pensarla desde la categoría de variación de las características sexuales. Fue en el 2016, gracias a algunos seminarios que cursé en la facultad y a lecturas solitarias en internet, que descubrí que la intersexualidad era una categoría amplia que incluía distintas variaciones.

La intersexualidad es un concepto que abarca un amplio espectro de situaciones en las que el cuerpo sexuado de una persona varía de manera congénita (es decir, desde su nacimiento) respecto del modelo corporal “masculino/femenino” hegemónico. Estas variaciones pueden manifestarse en los cromosomas, las gónadas, los genitales y/u otras características corporales. (INADI, 2016) Según la Organización de las Naciones Unidas (ONU), entre un 0,05% y un 1,7% de la población mundial nace con rasgos intersexuales; este último porcentaje es similar al número de personas pelirrojas en el mundo.

Lo que aquí llamo variaciones, en la medicina se conoce actualmente como síndromes o trastornos. En mi caso, a los 15 años supe que mi variación se llamaba “síndrome de insensibilidad a los andrógenos”. En medicina, un síndrome es un conjunto de síntomas presentados por alguna enfermedad, por lo que esa definición no correspondería a mis características físicas, ya que estas no traen aparejada una patología, sino que constituyen simplemente un desarrollo diferente de las características sexuales. Pero el hecho de que, incluso en ausencia de una enfermedad, el discurso médico siga nombrando nuestras características con

2 Esta sigla refiere al colectivo de Lesbianas, Gays, Transexuales, Transgénero, Travestis, Bisexuales, Intersexuales y Queer. Se añade el símbolo + para incluir todos los otros colectivos que no están representados en las siglas anteriores.



palabras como “síndrome” o “trastorno del desarrollo sexual” (término que fue acuñado a partir del *Consensus Statement in Management of Intersex Disorders* publicado en mayo del 2006), muestra la constante patologización que este lleva a cabo sobre nuestras corporalidades. Por lo tanto, considero más apropiado hablar de “variaciones”, término que suprime el componente patologizante y puede, a su vez, abarcar un amplio espectro de situaciones corporales.

1 Reconstruyendo mi autobiografía erótica, sexual, médica y activista

A los 14 años de edad todas mis compañeras de colegio ya habían tenido su primera menstruación, y la mía todavía no llegaba, lo cual me causaba ansiedad. Por algún motivo, estaba impaciente y, a la vez, contenta por que mi cuerpo se desarrollara. A los 10 años, mientras una de mis mejores amigas sufría por el crecimiento de las mamas y tuvo que empezar a usar corpiños, yo le pedí a mi mamá que me comprara uno, a pesar de que el cambio en mi pecho fuera casi inexistente. Entre los 11 y 12 años, no entendía la razón por la cual mis amigas lloraban al contarnos que habían tenido su primera menstruación como si fuera una tragedia, cuando yo no podía esperar a empezar con los rituales que veía hacer cada tanto a mi mamá: comprar toallitas en cada visita al supermercado o usar protectores diarios varios días al mes. En los primeros años de la secundaria, llevaba toallitas en el bolsillo chico de la mochila por si me llegaba a venir mientras estaba en el colegio y siempre tenía para prestarle a mis compañeras cuando las necesitaban. También entendía la urgencia, aunque nunca llegué a empatizar por completo con ella, que destilaba el “¿Te fijas, porfa?” de mis amigas en los pasillos del colegio, mientras ellas se adelantaban para que yo pudiera ver si su pollera/pantalón se había manchado, cosa que el 99% de las veces no había ocurrido. En general, siempre había querido crecer rápido, ser más grande, siempre estaba impaciente para que llegara la próxima etapa: entrar a sexto grado, pasar a la secundaria, estar en la promo de egreso, entrar a la facultad. El “hacerse señorita” del que todas las madres y abuelas hablaban parecía ser uno de los rituales más importantes para marcar un cambio de etapa, una transición hacia la edad adulta. El hecho de que ese ritual no llegara me hacía sentir solx como si me hubieran olvidado.

A los 14 años, esa impaciencia me hizo pedirle a mi mamá que sacara un turno y me acompañara a la ginecóloga. No sentía que necesariamente hubiera algo malo conmigo, pero quería saber cuándo iba a llegar eso que me permitiría sentir como todas las demás. Esa primera consulta derivó en varias otras, las cuales resultaron en una intervención quirúrgica en la que me extrajeron las gónadas que, según la médica, estaban “malformadas” y tenían un alto riesgo de volverse cancerígenas. Mucha información se me ocultó a lo largo de ese proceso, cosas de las que me enteré después, atando cabos por mí misma: mis “ovarios” estaban en realidad formados



por tejido testicular; mi grupo cromosómico era XY46; en la operación que me practicaron a los 2 meses de edad, en la que supuestamente me extrajeron hernias inguinales, en realidad me extirparon testículos no descendidos.

En la época en que estaba yendo a consultas de control para programar las intervenciones, recordé una nota que había leído en una revista para adolescentes. La nota aparecía en una sección llamada “Vida real”, tenía por título “No hay nada peor que temerle a tu propio cuerpo” y era el relato en primera persona de Gisel, una chica de 19 años que, luego de notar que no le llegaba la primera menstruación, fue diagnosticada a los 15 con síndrome de Morris. Yo había leído esa nota unos meses antes de comenzar con las visitas a la ginecóloga, antes de sospechar que algo así podía ocurrirme a mí. Al recordarla, volví a leerla y se la mostré a mi mamá. Pero cuando le pregunté a la endocrinóloga acerca de esta nota y de lo que ahí contaba Gisel sobre el síndrome de Morris, ella me dijo “No, no, eso no es científico”, dando por terminada la conversación. Incluso, luego de darme esa respuesta, me aseguró “Vos sos una nena, ¿eh? Quedate tranquila de eso”. Me desconcertó que me dijera eso, debido a que yo nunca había dudado acerca de mi identidad de género. Después, me quedé pensando: ¿qué significaba esa afirmación?, ¿debía tener razones para dudar?

El único diagnóstico que ella me daba era el de disgenesia gonadal, sobre el cual casi no existía información en internet, más allá de algunos sitios especializados en medicina, por lo cual pasé meses sabiendo muy poco acerca de cómo era mi cuerpo, sin entender por qué yo era diferente a todos.

Más tarde, me animé a usar algunas de las palabras que estaban escritas en aquella nota, como pseudohermafroditismo o síndrome de Morris, para investigar en internet. En la nota también aparecía la palabra “intersexuales”, pero yo en ese momento no la registré mucho. Descubrí que el síndrome de Morris también era llamado SIA o síndrome de insensibilidad a los andrógenos y que la mayoría de las características que yo conocía acerca de mí misma coincidían con ese diagnóstico. Por un lado, sentí alivio de por fin poder ponerle un nombre a lo que me pasaba: no era un bicho raro, o si lo era, no era la única en el mundo. Por otro, me impactó mucho el término “pseudohermafroditismo”, ya que lo asociaba automáticamente a ser hombre y mujer al mismo tiempo. Al mismo tiempo, sentía que en esa concepción había algo que me fascinaba en algún punto, e incluso me hice un tatuaje para representarlo; primero quise tatuarme mi combinación cromosómica, XY46, pero luego terminé optando por los símbolos femenino y masculino unidos, por miedo a no saber qué responder cuando la gente me preguntara qué significaba mi tatuaje.



En ese momento, ya le contaba a muchas personas los procesos que estaba atravesando, y supongo que era mi modo de lidiar con el dolor que me producía ser diferente y haberme enterado de que era infértil. Esto último fue algo que rondó en mi cabeza durante varios años debido al mandato de maternidad que suele imponerse ante los sujetos socializados como mujeres en nuestra cultura. La idea de tener hijxs biológicxs siempre había estado subyacente en mi imaginario sobre el futuro, pero nunca había tenido tan presente el deseo de ser madre biológica hasta el momento en el que supe que mi cuerpo no era capaz de gestar. A partir de allí, tuve ciertos momentos en los que me interesaban artículos de diarios, revistas o páginas web que trataban sobre procesos de adopción en Argentina. Era como si al conocer acerca de mi infertilidad, se hubiera adelantado el momento de empezar a pensar sobre ser madre. Saberme incapaz de cumplir con el mandato social de tener hijxs biológicxs, me hacía sentir ansiosa por poder cumplirlo de otros modos que sí fueran posibles para mí. Aun así, la idea de que debía tener una pareja estable con la cual criar esxs hijxs tenía un peso mayor al de ser madre, por lo que esperaba a estar en pareja antes de comenzar con un proceso de adopción.

Unos años después, la primera vez que intenté tener sexo con mi novio de ese momento dolió tanto que tuve que parar. Él sabía de las intervenciones que había sufrido ya que había sido mi amigo durante la adolescencia, por lo que nunca tuve que “salir del armario” o revelarle nada nuevo cuando empezamos a salir. Después, sola en mi casa buscando información en internet para saber por cuánto tiempo ese dolor iba a persistir, se me vinieron a la cabeza todas las formas en que esa zona de mi cuerpo había sido manipulada con instrumentos médicos y quirúrgicos, y tuve miedo de que esa fuera la única forma en que mi cuerpo respondiera ante las relaciones sexuales. Toda esta incertidumbre se veía aumentada por el hecho de no conocer a nadie que estuviera pasando por lo mismo que yo. De nuevo, la soledad.

Afortunadamente, unos meses después, y gracias a que el dolor ya había desaparecido y había empezado a preocuparme menos y disfrutar más, me sentía más cómoda durante mis relaciones sexuales. Aún así, eso no evitó una situación bastante incómoda con un ginecólogo. Yo había ido a una consulta debido a que tenía candidiasis crónica, pero él desestimó el problema rápidamente recetándome antibióticos y óvulos. En cambio, insistió bastante con la idea de que yo misma dilate mi vagina utilizando el recipiente de un desodorante en aerosol con un preservativo encima. “Todas las noches, cuando tus padres se vayan a dormir, introducís el desodorante con el preservativo. Podés usar eso porque es del tamaño promedio, y es algo que podés encontrar en tu casa. Al principio vas a poder meterlo solo un poco, pero de a poquito vas a ver que se va a ir expandiendo y ya no te va a molestar”, me decía. Yo ya le había explicado que no sufría dolor y que me sentía cómoda al tener relaciones.



La falta de consideración de lxs profesionales de la salud hacia las personas intersexuales no es algo extraño: cuando ingresamos a un consultorio y mencionamos nuestra variación, muchas veces recibimos un trato diferenciado. Por ejemplo, varias personas intersexuales con las que he hablado, incluida yo misma, hemos sido sometidas a un examen pélvico interno (ser penetradx con dedos enguantados y lubricados) al asistir a consultas con unx nuevx ginecólogx, sin razón aparente más que la de “constatar” el largo del canal vaginal.

Más tarde, cuando tenía 21 años me surgió la necesidad de empezar a buscar más seriamente a otras personas que fueran como yo. Ya me había cansado de transitar todo esto sola y quería ponerme en contacto con otrxs que estuvieran pasando por cosas parecidas a mí, preguntarles acerca de sus experiencias y compartir las mías. Empecé a buscar a partir de mi diagnóstico y contacté por correo electrónico una organización de habla española que apoyaba a personas afectadas por el síndrome de insensibilidad a los andrógenos (Asociación y Grupo de Apoyo a favor de las personas afectadas por el Síndrome de Insensibilidad a los Andrógenos y condiciones relacionadas – GrApSIA). Esta organización tiene base en España, por lo que me pasaron el *mail* de personas que ya lxs habían contactado desde Latinoamérica. En ese momento ingresé a un grupo de WhatsApp en el que participaban mujeres de varios países de Latinoamérica diagnosticadas con SIA y algunxs madres y padres de niñxs diagnosticadxs de la misma forma. El número de participantes fue creciendo de a poco, y ahora somos diez personas que estamos en contacto mediante el grupo.

Más allá del apoyo emocional y el acompañamiento cotidiano que encontré en ese espacio, sentía que faltaba algo. Luego de ese primer momento durante la secundaria en el que busqué contarle a mucha gente lo que me pasaba, había empezado a callar el tema y tratarlo como un secreto. Creo que empecé a hacerlo debido al secretismo con el que mi diagnóstico había sido manejado y la falta de representación de personas que tuvieran mi variación y hablaran libremente de ello. Todo esto me hizo pensar en que aquello, tal vez, era algo que no había que comunicar abiertamente.

Durante el cursado en 2017 de un seminario de la facultad, me topé con la palabra “intersexual” leyendo el primer capítulo de *Cuerpos sexuados: la política de género y la construcción de la sexualidad*, de Anne Fausto-Sterling (2006). En este capítulo, la autora relata el caso de María Patiño, vallista española a quien se le prohibió competir con el equipo olímpico femenino en las Olimpiadas de 1986 debido a que en un estudio de “control de feminidad” descubrieron que tenía un cromosoma Y y testículos internos. Leer lo que Fausto-Sterling narraba acerca de María Patiño y cómo se refería a mi propio diagnóstico en términos de intersexualidad, me ayudó a comprender que esta palabra podía estar relacionada con mi



experiencia. A partir de allí comencé a informarme más acerca de la intersexualidad y fui descubriendo lo que implica reconocerse como intersexual. Por un lado, las personas intersexuales creemos que unx no está definido en su totalidad a partir de un diagnóstico y que tenemos derecho a vivir con los cuerpos con los que nacimos. Para esto, debemos ser libres de decidir qué queremos hacer con ellos al tener edad suficiente para tomar una decisión informada y consciente. Y por último, defendemos nuestro derecho a no ser consideradxs como anormales, incompletxs o enfermxxs, y a no ser marginalizadxs o maltratadxs por ser como somos.

En ese momento me contacté con algunas organizaciones que reunían a personas con distintas variaciones intersex, ya no desde un diagnóstico, sino a partir de una reivindicación política. Entre ellas estaba Brújula Intersexual, de México, que tiene uno de los archivos más completos de información sobre intersexualidad en español. Laura Inter, su fundadora, me puso en contacto con otras personas intersexuales que ya se habían contactado con ella desde Argentina. También me puse en contacto con Mauro Cabral, de Justicia Intersex, activista argentino referente en Latinoamérica y el mundo, y con InterAct, organización de Estados Unidos que incluye en algunos de sus espacios a personas de otros países. Conocer a otrxs que pasaban o habían pasado por cosas parecidas a mí fue el comienzo de un camino para reconocermé por fuera de una institución médica que no había hecho más que patologizarme y aislarme.

En 2019 logré conocer a varias de lxs activistas con lxs que había entrado en contacto virtualmente. Nos reunimos en Buenos Aires gracias a una invitación de Justicia Intersex con motivo de la presentación del libro de una compañera y artista intersex mexicana. Allí pudimos poner en común vivencias que, a pesar de sus diferencias, compartían varios momentos: el del secreto y la voluntad del sistema médico de someternos a intervenciones sin darnos información completa; la vergüenza y el malestar que surgieron a partir de pensar que estábamos solxs; la sensación de injusticia que experimentamos al haber visto nuestros cuerpos modificados sin nuestro consentimiento informado; y, finalmente, la satisfacción de sabernos acompañadxs en nuestros sufrimientos y nuestras luchas.

Ese mismo año, y gracias a la presencia en las asambleas organizadoras de Pauli Sosa, compañerx y activista intersex argentinx, se dio el primer taller sobre intersexualidad en el 34° Encuentro Plurinacional de Mujeres, Lesbianas, Travestis, Trans, Bisexuales y Personas No Binaries, en la ciudad de La Plata. Allí, además de lxs activistas que ya conocía, al menos cuatro personas más compartieron sus experiencias, reivindicándose por primera vez como intersexuales ante más de cien asistentes al taller. Fue un momento muy emocionante, en el que



comprendimos que el compartir las vivencias propias con otras personas tiene el poder de inspirar a que más gente logre resignificar las suyas.

En febrero de 2020 asistí, gracias a la invitación de Mulabi, Justicia Intersex y Astraea, a la II Conferencia Interamericana y del Caribe de Personas Intersex. Allí encontré activistas de Argentina, Colombia, Bolivia, Perú, México, Chile, República Dominicana, Brasil y Venezuela. Durante dos días pusimos en común distintas experiencias de activismo y participamos en talleres de financiamiento y de relación con los medios. En el transcurso de la conferencia decidimos, junto a Pauli de La Pampa, Vale de Furilofche (Bariloche) y Giuli de Córdoba, conformar una agrupación con el objetivo de visibilizar, educar y sensibilizar acerca de las experiencias vividas por nuestra comunidad a partir de una mirada feminista y de diversidad corporal. Así creamos el grupo Potencia Intersex, con el cual pretendemos llevar a cabo distintos proyectos, como crear material educativo sobre intersexualidad para la secundaria y dar talleres de formación y sensibilización en distintos espacios de difusión cultural.

Dentro de nuestras actividades, nos encontramos en proceso de creación del fanzine *Nosotres, intersex*, un espacio de difusión que nos permita mostrar ilustraciones, escritos, fotografías hechas por personas de nuestra comunidad en Latinoamérica. Este tiene como objetivo instalar en la cultura imaginarios acerca de las personas intersexuales distintos del biomédico, que reflejen nuestras vivencias de las formas en que nosotrxs las autopercebimos. El fanzine será en formato digital y de libre acceso por la web para que todxs puedan compartirlo y difundirlo.

2 Pensando en un deseo erótico intersexual

Escribir mi autobiografía me dispara la pregunta, ¿qué posibilidades tenemos las personas intersexuales de sentirnos cómodas con nuestros cuerpos y nuestra sexualidad luego de las reiteradas intervenciones de una medicina patologizante y de una cultura que no parece presentarnos como sujetos posibles de ser deseados por otrx? El tema del placer o el deseo sexual muchas veces funciona como tabú o puede aparecer relegado dentro de la agenda de la comunidad intersex ante la muy justificada urgencia por terminar con las mutilaciones genitales. Deseo ahondar en esto: una de las grandes problemáticas que la comunidad intersex afronta hoy en día son las mutilaciones genitales que se practican diariamente sobre bebés y niñxs intersex con el fin de normalizar sus cuerpos para que encajen dentro de los modelos corporales hegemónicos, los cuales no casualmente responden a normas cisheterosexistas. Esto implica que el único “panorama de felicidad” posible que lxs médicxs plantean para personas intersexuales (y para cualquier persona, en realidad) se basa en la capacidad de poder consumir relaciones



heterosexuales: el poder ser penetrada en el caso de la mujer, y el poder penetrar en el caso del hombre.

Las múltiples maneras que existen de hacer activismo dentro de la comunidad intersex (activismo académico, jurídico, mediático, ciberactivismo) comparten, entre otros, el objetivo de terminar con las intervenciones quirúrgicas no consentidas sobre nuestros cuerpos. Todos estos modos de hacer activismo son valiosos, y lxs activistas solemos inclinarnos hacia uno u otro dependiendo de en qué ámbito sentimos que arde con mayor fuerza nuestro deseo de transformar la realidad, o dónde vemos más posibilidades de crear un cambio tangible para nuestra comunidad. Últimamente he empezado a interesarme por el activismo cultural, pensando de qué forma podrían modificarse las representaciones que existen en la cultura sobre las personas y los cuerpos intersexuales.

Un panorama en que nuestros cuerpos sean aceptados (y, más importante, deseados) tal y como son parece no ser concebible hoy en día por parte de lxs médicxs que deciden mutilarnos, muestrxs tutorxs y otrxs agentes sociales. Esto se encuentra íntimamente relacionado con la poca representación que los sujetos intersexuales tenemos en tanto objetos y sujetos de deseo sexual y erótico en el ámbito cultural, incluyendo prácticas estéticas tales como el cine, las artes visuales, la literatura, la fotografía, etc.

En palabras de Rancière (2000), podríamos decir que los cuerpos intersexuales ocupan un lugar periférico dentro de la cultura y son marcados como experiencias posibles, decibles y visibles solo desde los discursos biomédico o teratológico. Además, estos están expuestos a una distribución desigual de la violencia en tanto vidas precarias por su generalizada falta de redes de apoyo social y de contención emocional (Butler, 2010). Por lo tanto, no debería causarnos sorpresa el hecho de que estas corporalidades suelen ser excluidas de las representaciones de cuerpos erotizados, y su capacidad de producir deseo sexual esté delimitada por las normas de aparición de distintos cuerpos en este tipo de representaciones.

Propongo que el fin de las mutilaciones genitales a personas intersexuales sea perseguido desde varios frentes, los cuales incluyan el de las imaginaciones y las representaciones diversas de nuestros cuerpos. Es necesario que se deje de representar a estos únicamente desde los discursos biomédico, teratológico, mitológico y que empiece a representarlos de múltiples maneras, entre las cuales se incluya la representación erótica. La inquietud por este tipo de representación surge a partir de ciertas preguntas que me formulo desde mi rol de activista: ¿qué ocurrirá el día en que logremos detener las mutilaciones genitales con esxs niñxs o esxs jóvenes cuyos cuerpos no han sido intervenidos? ¿Cómo podemos impulsar cambios culturales y sociales que intenten disminuir el daño emocional al que esas corporalidades y personas son expuestas al



mismo tiempo que intentamos impedir su daño físico? ¿Cómo contribuir a que lleven adelante vidas imaginables, vivibles, placenteras o deseables, dentro de las posibilidades que existen de disfrutar hoy en día? Creo que la necesidad de crear un escenario en que los cuerpos intersexuales no intervenidos sean imaginados, deseados y tengan posibilidades de existir desde el goce es sumamente importante.

Quiero aclarar, no es que crea que las personas intersexuales no pueden vivir vidas imaginables y deseables hoy en día. Muchxs de nosotrxs desarrollamos estrategias y creamos comunidades que nos permiten sobrevivir e incluso disfrutar de nuestras vidas y cuerpos. Pero, como activista, es mi deseo hacer todo lo posible por generar mejores condiciones que permitan, en la medida de lo posible, que aquellxs que vengan no tengan que sufrir por estos motivos.

3 Algunas reivindicaciones

Hoy reivindico mi corporalidad desde la diversidad sexual y corporal y reconozco que no hay nada anormal en ser como soy; que nuestros cuerpos desean y pueden ser deseados por otrxs; que mientras hay sectores de la sociedad que quieren normalizar nuestros cuerpos por considerarlos monstruosos, nuestra apuesta política en todo esto es plantarnos como sujetos que existen, resisten, desean y son deseados, y quieren ser representados en la cultura como tales.

Referencias

BUTLER, J. *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. México, DF: Paidós, 2010.

FAUSTO-STERLING, A. *Cuerpos sexuados: la política de género y la construcción de la sexualidad*. Santa Cruz de Tenerife: Melusia, 2006.

INSTITUTO NACIONAL CONTRA LA DISCRIMINACIÓN, LA XENOFobia Y EL RACISMO – INADI. *Intersexualidad*. Buenos Aires: Inadi, 2016.

RANCIÈRE, J. *La división de lo sensible: estética y política*. España: Salamanca, 2000.

